

Editorial

Estamos acostumbrados a que quienes tratan de vendernos métodos pseudocientíficos relacionados con la salud muevan la diana cuando quedan en evidencia, ya sea desde el punto de vista legal como del meramente intelectual. Así, ante auditorios críticos, se escabullen con argumentos tales como que ellos no hablan de curar, sino de sanar; o que es el enfermo el que se cura a sí mismo cuando sigue sus consejos, por aquello de culpar a la víctima si algo sale mal.

De eso sabe mucho Emilio J. Molina, quien nos presenta el trabajo más extenso de este número, en el que trata de unos movimientos —con sus derivas sectarias— que achacan a conflictos emocionales el origen de nuestras enfermedades. Y digo *nuestras* refiriéndome a los humanos, porque nunca he oído decir a ninguno de estos gurús que las enfermedades que sufren los moluscos o las bacterias también se deban a que en su infancia tuvieron un conflicto no resuelto con sus hermanas o sus madres.

También resulta habitual que digan que lo suyo es ciencia de la buena, aludiendo a supuestos descubrimientos de la física cuántica (véase el trabajo de Sadri Hassani sobre la ciencia «posmaterialista»), argumento que ahora empieza a ser desplazado por una versión estafalaria de la epigenética. Y cuando son contestados por científicos de verdad, que les dicen que lo que cuentan no tiene ningún sentido, vuelven a mover la diana y argumentan que, de acuerdo, lo suyo no son terapias, ni ciencia, sino *métodos de consulta humanista*. ¿A qué se refieren con *humanista*? ¿Qué tiene que ver el humanismo (del que la ciencia es hija) con esos peligrosos vendedores de crecepele? Procede traer aquí a colación aquel «Manifiesto Humanista» del año 2000¹, del filósofo norteamericano Paul Kurtz, donde ya en su primer punto dejaba claro su apoyo a la medicina científica, para continuar con razonamientos que revelan que los embaucadores no tienen humanismo al que agarrarse; entresaco una cita del aludido manifiesto: «La persistencia de actitudes espirituales tradicionales fortalece con frecuencia modos irreales, escapistas y místicos de enfocar los problemas sociales, que fomentan el desprecio por la ciencia y defienden los mismos mitos que con demasiada frecuencia se hallan a la base de arcaicas instituciones sociales».

Aunque quizás con eso de *humanista* no se refieren al humanismo, sino a las humanidades, es decir, a la literatura, la historia, la filosofía... No se preocupen, que también tenemos algo que ofrecer al respecto: un trabajo, a cargo de Marisa Marquina, sobre la importancia de la filosofía

en la formación del pensamiento crítico; filosofía que trata de levantar cabeza tras el mal sueño posmodernista de las últimas décadas, coladero de todo tipo de juicios absurdos y al que creo responsable en buena medida de la mala época que vive lo que la autora considera una leal compañera para múltiples facetas de la vida. Y por si fuera poco, añadimos una respuesta a la pseudociencia por parte de un literato, H.P. Lovecraft, en una serie de textos sobre la astrología hasta ahora inéditos en español, y la convocatoria de nuestro II Concurso de Relatos Félix Ares de Blas sobre pensamiento crítico.

Quizá, visto lo visto, tengamos que hacer que en los estatutos de ARP-SAPC figure como objetivo el desarrollo de la ciencia **y las humanidades** para combatir la pseudociencia, pues solo con una formación integral podemos tener las armas apropiadas y evitar que nos engañen, ya que, como nos hace ver Hugo Matas en su análisis sobre las creencias pseudocientíficas en la universidad, no parece que estudiar carreras «de ciencias» comporte un mayor escepticismo. Concluiría de todo esto que, si no queremos que hagan mal uso de la ciencia, no permitamos tampoco que mangoneen las humanidades con fines igualmente espurios.

También incluimos un trabajo sobre un tema de actualidad: los campos electromagnéticos y su supuesta o posible incidencia en la salud. En esto, como en otras cosas, sabemos que el miedo vende, y parece que queramos dar ideas de negocio a algunos adelantándonos al futuro para que nos vengan próximamente ofreciendo artilugios contra las comunicaciones vía LiFi, eso en caso de que no pretendan prohibirlas, directamente.

Y por último, una divertida entrevista con el mentalista estadounidense Banachek, quien en sus tiempos mozos se dedicó a hacer el gamberro usando sus habilidades para engañar a esa intentona de ciencia que fue la parapsicología (intentona honesta al principio, al menos por parte de algunos, quienes la abandonaron al ver que ahí no había más que fantasía), la cual vivió un segundo auge durante la Guerra Fría tras su justo olvido de décadas a principios del siglo XX. Veremos cómo diversos investigadores seguían el empuje dado por su deseo de creer por encima de la razón con el llamado *Proyecto Alfa*, orquestado por James Randi.

Todo esto, junto con una pequeña memoria de las actividades de la Asociación durante el período 2015-2016, es lo que da de sí este número 44 de la revista, el primero en el formato de anuario. Que lo disfruten.

Juan A. Rodríguez
Director de *El Escéptico*

¹*El Escéptico*, 7, año 2000